SERIE *TIEMPO DE BUSCAR*

Conociendo a Dios a través del libro de HEBREOS



Porque es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados. *Hebreos 10:4*

CONTENIDO

¿Quién escribió el Libro de Hebreos? 2

Cuadro del Libro de Hebreos 3

Conociendo a Dios a través del Libro de Hebreos 4

Jesús posee un esplendor incomparable 5

Jesús es superior a todos los seres creados 7

Jesús provee un sacerdocio superior 12

Jesús provee una esperanza superior 19

Palabras de advertencia: Cuidado con decaer 22

Palabras de aliento: Damos señales de la realidad cristiana 28

Palabras de Consejo: Seamos cristianos auténticos 28

Bendición 31

CONOCIENDO A DIOS A TRAVÉS DEL LIBRO DE HEBREOS

Gran parte de nuestro mundo cree que Jesús nos dijo la verdad acerca de Dios, la vida, y nosotros mismos. Pero otro gran segmento de la comunidad internacional está convencido que aun cuando Jesús vino a nosotros en nombre de Dios, Él no es la persona o la voz más importante en nuestro mundo de hoy.

En las siguientes páginas, Herb Vander Lugt, editor principal de investigaciones de RBC, muestra cómo una carta del Nuevo Testamento trata una crisis de fe similar en Israel durante el primer siglo. El problema sigue siendo tan importante hoy como lo fue entonces. ¿Puede cualquier persona o voz alguna vez sustituir la importancia de Cristo?

Martin R. De Haan II

Título del Original: *Knowing God Through Hebrews*
ISBN: 978-1-58424-491-2
Foto de la cubierta: Terry Bidgood
SPANISH
Las citas de las Escrituras provienen de La Bíblia de Las Américas © 1986,1995,1997 by The Lockman Foundation.
© 2006,2009 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA
Printed in USA

¿QUIÉN ESCRIBIÓ EL LIBRO DE HEBREOS?

La autoría del libro de Hebreos es incierta. A lo largo de los años, muchos creyeron que el apóstol Pablo escribió esta carta dirigida a los judíos creyentes en Jesús. Pero esa opinión, si bien no es imposible, tiene sus problemas. En todas las demás cartas que Pablo escribió, él se identificaba claramente. Y el estilo literario de Hebreos es significativamente diferente a los demás escritos de Pablo. Si no es Pablo, ¿entonces quién? Si bien se han sugerido muchos nombres, creo que los más verosímiles son Bernabé y Apolos.

Bernabé se encontraba ente los primeros convertidos al cristianismo (Hechos 4:36-37). Lucas dio fe de su carácter describiéndolo como «un hombre bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe» (Hechos 11:24). Sirvió como compañero de viajes fundamental para Pablo y como evangelista durante varios años, y permaneció siendo un embajador leal de Cristo. Tertuliano, uno de los primeros padres de la iglesia, creía que este levita de Chipre estuvo calificado de una manera única para escribir Hebreos.

Apolos probablemente tiene incluso más adeptos. Su reputación como «hombre elocuente, y que era poderoso en las Escrituras» (Hechos 18:24) puede explicar la comprensión global del Antiguo Testamento que se refleja en Hebreos. El hecho de que él era un alejandrino bien educado puede explicar el tenor filosófico de esta carta, su elegancia literaria, y su consistencia en citar a la Septuaginta griega en vez del texto hebreo.

No es importante conocer el nombre del autor. El autor anónimo fue usado por el Espíritu Santo para entregar esta «palabra de exhortación» (Hebreos 13:22). Dios conoce su identidad, y, en la eternidad, nosotros también la conoceremos.

CUADRO DEL LIBRO DE HEBREOS

Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo… a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por Su Hijo (Hebreos 1:1-2).

UNA PERSONA SUPERIOR 1:1 – 4:13				UN SACERDOCIO SUPERIOR 4:14 – 10:18				UN PODER SUPERIOR 10:19 – 13:25				
La supremacía de Cristo 1:1 – 1:3	La superioridad de Cristo respecto de los ángeles 1:4 – 2:18	La superioridad de Cristo respecto de Moisés 3:1 – 3:6	La superioridad de Cristo respecto de todo lo demás 3:7 – 4:13	La superioridad del sacerdocio de Cristo 4:14 – 7:28	La superioridad de la alianza de Cristo 8:1 – 8:13	La superioridad del santuario de Cristo 9:1 – 9:10	La superioridad del sacrificio de Cristo 9:11 – 10:18	El peligro de descartar la fe 10:19 – 10:39	Demostraciones de fe 11:1 – 11:40	Disciplina y resistencia 12:1 – 12:29	Deber y dedicación 13:1 – 13:19	Bendición y palabras de despedida 13:20 – 13:25
La majestad de Cristo				**El ministerio de Cristo**				**Mensaje sobre la conducta**				
Cristo es mejor que los ángeles, Moisés y Josué				**Cristo tiene mejor sacerdocio, pacto, santuario y sacrificio**				**Cristo es la base de una vida mejor**				
DOCTRINA								**DISCIPLINA**				
PRECEPTOS								**PRÁCTICA**				

ministerios rbc

CONOCIENDO A DIOS A TRAVÉS DEL LIBRO DE HEBREOS

El tema Hebreos es: «La superioridad de Jesucristo». El autor no estaba satisfecho con que a Cristo se le considerara un gran líder espiritual o incluso una de las personas más importantes que jamás vivieron. Aun cuando la carta está dirigida a personas judías monoteístas, describe audazmente a Jesús como la revelación final que Dios hace de Sí mismo.

La descripción de Jesús en Hebreos es especialmente provocativa porque propugna las mismas afirmaciones por las que Jesús fue condenado por un órgano dirigente judío conocido como Sanedrín. Mantiene audazmente las creencias que a su vez llevaron a la persecución y ejecución de todos los apóstoles de Jesús.

No es de sorprender que la visión de Cristo que se describe en Hebreos haya encontrado resistencia desde los días de Jesús hasta ahora. Los intentos por desacreditar la incomparable supremacía de Cristo han marcado a cada generación desde el comienzo mismo. De manera más reciente, el libro que ha sido un éxito de librería llamado El Código Da Vinci ha popularizado la idea de que ninguna elevada visión de Jesús surgió sino hasta que así lo declaró el Concilio de Nicea en el año 325 d.C. Pero el libro de Hebreos (junto con muchos otros documentos) refuta esta afirmación. Según el erudito bíblico F. F. Bruce, Hebreos se cita en una epístola escrita por Clemente de Roma alrededor del año 96 d.C., y probablemente se escribió antes de la destrucción del templo en el año 70 d.C. (ciertamente antes del año 85 d.C.). Se escribió para instruir y advertir a los seguidores judíos de Jesús quienes, agotados por la persecución implacable, estaban tentados a regresar al judaísmo que habían abandonado.

Debido a que mantener ese retroceso y dejar a Cristo

sería un error terrible, el autor de Hebreos amonestó y alentó a sus lectores de cuatro maneras: Primero, hizo seis afirmaciones en cuanto a Jesús. Segundo, explicó por qué Jesús es superior a todo ser creado —angélico y humano. Tercero, describió la superioridad del sacerdocio de Jesús al sacerdocio de los tiempos del Antiguo Testamento. Cuarto, mostró cómo Jesús brinda una mejor esperanza que cualquier otra persona. A todo lo largo del libro se encuentran, condensadas, solemnes advertencias que consideraremos después de haber mirado más de cerca estos cuatro puntos principales.

JESÚS POSEE UN ESPLENDOR INCOMPARABLE (1:1-3)

En estos tres versículos, encontramos seis afirmaciones acerca de la superioridad de Jesucristo:

Jesús es el Perfecto Profeta de Dios. «Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por Su Hijo» (v.1). Jesús nos dijo por qué esto era necesario: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mateo 11:27).

Jesús es el Heredero nombrado por Dios. «…a quien constituyó heredero de todas las cosas» (v.2). El Padre ha querido que Jesús como Hijo y Mediador herede todo el universo redimido y transformado de la eternidad como Su posesión.

Jesús es el Agente Creativo de Dios. «…por medio de quien hizo también el universo» (v.2). Todo, desde el mundo microscópico hasta el incomprensiblemente vasto universo, llegó a existir por medio de Jesús. En efecto, «todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1:3).

Jesús es la Gloria personificada de Dios. «Él [el Hijo] es el resplandor de Su gloria» (v.3). Esa es la razón

por la que Pablo pudo escribir, «pues Dios, que dijo que de las tinieblas resplandecerá la luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo» (2 Corintios 4:6). Como «la expresión exacta de Su naturaleza» (v.3), Su carácter correspondía de manera tan perfecta a la naturaleza moral de Dios que pudo decirle a Felipe, «el que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9).

Jesús es el Sustentador cósmico de Dios. «…y sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder» (v.3). Jesús, por medio de Su palabra de poder (la palabra por la que el universo se creó), lleva todo el orden creado y todo lo que hay en él hacia la meta que Dios quiere.

Jesús es el único Redentor de Dios. «Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (v.3). Por medio de Su único sacrificio, Él pagó el precio total por el pecado. Por medio de Su resurrección, Él quebró el poder de la muerte. Habiendo culminado Su obra en la tierra como hombre, se sentó en el lugar de más alto honor.

VIENDO A DIOS

- Al hablar Dios a través de los profetas y Su Hijo, vemos cuánto anhela Él tener una relación con aquellos que llevan Su imagen.
- Al hablar Dios por medio de Su Hijo después de que Su pueblo había rechazado y maltratado a Sus profetas, vemos Su paciencia misericordiosa.
- Al convertirse Dios en un ser humano en la persona de Su Hijo para revelarse a nosotros y salvarnos de nuestro pecado, vemos Su gracia inconmensurable.
- Al exaltar Dios a Su Hijo como nuestro precursor, vemos la maravilla de Sus planes para nosotros.

VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

- En la resistencia de los israelitas a los profetas de Dios, incluso a Su Hijo,

vemos la depravación de nuestras propias inclinaciones humanas.

- En la necesidad de Dios de hablar de «muchas maneras» y finalmente a través de Su Hijo por medio de la encarnación, vemos el grado de nuestra ceguera espiritual.
- En el hecho de que la exaltación del hijo fue posible sólo después de que Él había «lleva[do] a cabo la purificación de los pecados», vemos nuestra necesidad de limpieza antes de poder vivir en Su inmediata presencia.

JESÚS ES SUPERIOR A TODOS LOS SERES CREADOS (1:4–4:13)

En estos versículos, el autor desarrolló su tema aún más. Lo hizo primero mostrando cómo Jesús es superior a los santos ángeles. Luego demostró la superioridad de Jesús respecto de Moisés y Josué, hombres que eran grandemente reverenciados por el pueblo hebreo.

La superioridad de Jesús respecto de los ángeles (1:4–2:18). Como enviados de Dios, los ángeles ejercen gran poder en el conflicto entre el bien y el mal. Dios les dio poder para asumir cuerpos tan reales que podían consumir alimentos humanos, pero tan diferentes que de repente podían desaparecer de la vista. No es de extrañar que incitaran sobrecogimiento, incluso reverencia. El autor de Hebreos citó 11 pasajes del Antiguo Testamento para establecer ocho razones por las que Jesús es superior a estos seres celestiales.

Su título único (1:5a). «Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy?» (Salmo 2:7). De manera colectiva, a los ángeles se les llama «los hijos de Dios» (Job 1:6), pero este título jamás se le ha dado a algún ángel de manera personal. En cuatro ocasiones de importancia fundamental, Dios le confirió este honor a Jesús: (1) al anunciar Su nacimiento (Lucas 1:32), (2) al darle Su

aprobación en Su bautismo (Marcos 1:11), (3) al expresar Su agrado en Él en Su transfiguración (Lucas 9:35), y (4) al declararlo «con poder… por la resurrección de entre los muertos» (Romanos 1:4).

Su posición de la realeza como el Hijo de Dios (1:5b). «yo seré padre para él, y él será hijo para mí» (2 Samuel 7:14). En este escenario del Antiguo Testamento, este versículo originalmente se refería a Salomón y a sus sucesores. Pero debido a que hubo semejantes fracasos (la línea real de David había llegado a su fin buen tiempo antes del nacimiento de Jesús), esta promesa se aplicaba aquí al Hijo perfecto. Es Él quien heredará el elemento «eterno» del reino expresado en 2 Samuel 7:13.

Que es el objeto de adoración angélica (1:6). «Y de nuevo, cuando trae al Primogénito al mundo, dice: y adórenle todos los ángeles de Dios» (Deuteronomio 32:43). En Su nacimiento, Jesús poseía un rango y autoridad tan elevados (como el «primogénito»), que Dios mandó a los ángeles que Le adoraran.

Su papel como Portador de la soberanía eterna de Dios (1:7-9). «Y de los ángeles dice: el que hace a sus ángeles, espíritus, y a sus ministros, llama de fuego. Pero del Hijo dice: tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos» (Salmos 45:6-7; 104:4). Jesús es el Amo eterno, mientras que los ángeles, como el viento y el fuego, están bajo Su mando.

Su gloria como el Creador inmutable de nuestro universo en constante cambio (1:10-12). «tú, Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra… ellos perecerán… pero tú eres el mismo, y tus años no tendrán fin» (Salmo 102:25-27).

Su condición como Señor entronizado (1:13-14). «Pero, ¿a cuál de los ángeles ha dicho jamás: siéntate a mi diestra…? ¿No son todos ellos espíritus ministradores, enviados para servir por causa de los que heredarán la salvación?» (Salmo 110:1).

Que es el Hombre en última instancia (2:5-9). «Porque no

sujetó a los ángeles el mundo venidero… ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes…? le has hecho un poco inferior a los ángeles; …todo lo has sujetado bajo sus pies… Pero ahora no vemos aún todas las cosas sujetas a Él. Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco inferior a los ángeles, es decir, a Jesús, coronado de gloria y honor a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios probara la muerte por todos» (Salmo 8:4-6). El salmista se maravillaba ante la dignidad que Dios le había conferido a la raza humana, coronándonos con «gloria y honor» y dándonos dominio sobre «todo». No obstante, en la actualidad somos una raza frustrada y que va de fracaso en fracaso. Sin embargo, con los ojos de la fe, vemos en Jesús a Aquel que, por medio de Su sufrimiento y gloria, en principio nos ha devuelto indirectamente todo lo que perdimos. Estamos destinados a compartir Su gobierno sobre «todo».

Que es nuestro Hermano y el Autor de nuestra salvación (2:10-18). Partiendo de otros tres pasajes del Antiguo Testamento, el autor explicó por qué Jesús, antes de poder ser coronado con gloria y honor, tuvo que ser hecho «un poco inferior a los ángeles» y «probar la muerte por todos». Aquel que era sin pecado desde el principio mismo se convirtió, por medio del sufrimiento, en un sustituto adecuado y digno para morir por nosotros, derrotar al diablo, y quebrar el poder de la muerte por medio de Su resurrección. Por lo tanto, nos libró de vivir toda una vida bajo el temor de la muerte. Por medio de Su sufrimiento, también se volvió calificado para ser nuestro Sumo Sacerdote comprensivo y receptivo.

La superioridad de Jesús sobre Moisés y Josué (3:1–4:16). Para los judíos del tiempo de Jesús, Moisés era absolutamente único. Sólo de él se dice que Dios le había hablado «cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (Éxodo 33:11). Pero el autor de Hebreos, después de exhortar «considerad a Jesús» (3:1), dio

dos razones para dar a Jesús prioridad sobre Moisés y su sucesor Josué.

Tiene un papel más grande en la casa de Dios (3:1-6). Moisés fue un siervo fiel en la casa de Dios; Jesús es el Hijo fiel sobre la casa de Dios (vv.5-6). La «casa» es la familia de Dios, compuesta de aquellos que por medio de la fe han recibido la condición de Sus hijos.

Ofrece un mejor reposo (4:1-11). Este complicado pasaje puede resumirse si distinguimos entre los tres tipos de «reposo» de los que habla. Primero, está el «reposo» de Canaán. Josué les había guiado hasta entrar en la Tierra Prometida, y luego de muchos años el Señor les dio «reposo… de todos sus enemigos de alrededor» (Josué 23:1). Segundo, hay un reposo espiritual que va más allá de vivir en la Canaán terrenal. En el Salmo 95, Dios advirtió a los israelitas (que ya estaban viviendo en Canaán) que por medio de la desobediencia podían perder el derecho a un reposo (un reposo espiritual al cual se entra por medio de la fe) que era mejor que aquel que habían perdido bajo Moisés y que habían disfrutado bajo Josué. Ya que nuestro Salvador ahora ha entrado al cielo a nuestro favor, este descanso espiritual es más rico para nosotros que para el pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento. Tercero, está el reposo eterno que disfrutaremos cuando estemos en la presencia eterna de Cristo: «Queda, por tanto, un reposo sagrado para el pueblo de Dios. Pues el que ha entrado a su reposo, él mismo ha reposado de sus obras, como Dios reposó de las suyas» (Hebreos 4:9-10). Al fin del sexto día de la creación, Dios reposó porque había culminado Su obra de la creación. De manera similar, por causa de Jesús, podemos esperar el reposo perfecto que Dios ha proveído para aquellos que han corrido la carrera de la vida.

Debido a que se resistieron a la Palabra de Dios, muchos bajo el viejo pacto no entraron al reposo que Dios había proveído. Hemos de «esforzarnos por entrar en ese

reposo» (4:11), sin tomar a la ligera la Palabra de Dios que se nos ha dado. Es una Palabra viva y activa que diagnostica la condición del corazón y, por lo tanto, nos permite ver las cosas que Aquel que lo ve todo ya las ve allí (4:12-13). Qué consolador saber que nuestro gran Sumo Sacerdote se conmueve con nuestro dolor y nos invita a venir a Él «para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna» (4:16).

VIENDO A DIOS

- En la infinita superioridad del Hijo de Dios sobre el más exaltado de todos los seres creados, captamos una visión de la gloria y la grandeza de Dios.
- En el hecho de que el Hijo sea tratado como Dios (1:8), a quien Dios puso por encima de Sus compañeros (1:9), vemos el misterio de la trinidad del Altísimo —un Dios existente en tres Personas distintas (no separadas).
- En el Hijo, que comparte nuestra humanidad de manera tan absoluta que fue necesario que se «hiciera perfecto por medio de los padecimientos» (2:10) y que «probara la muerte» (v.9) por nosotros, vemos el amor desinteresado de Dios.

VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

- En la advertencia contra desviarnos vemos la verdad de la confesión del autor del himno de que «somos propensos a deambular, …propenso a dejar al Dios que amo». También vemos lo mucho que cada uno de nosotros necesita liberación de un corazón caprichoso y «de incredulidad [que se] aparta del Dios vivo» (3:12).
- En la provisión de Jesús como un sumo sacerdote que puede «compadecerse de nuestras flaquezas» (4:15), vemos nuestra continua vulnerabilidad a la tentación.
- En la advertencia a nosotros de que «todas las cosas están al descubierto

y desnudas ante los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta» (4:13), vemos que el carácter de nuestras vidas como cristianos es un asunto serio.

JESÚS PROVEE UN SACERDOCIO SUPERIOR (4:14–10:18)

A la luz de lo que se ha dicho anteriormente, le sigue el hecho de que Jesús provee un sacerdocio mucho más superior que el de la ley mosaica. Dios elegía y ungía a cada sumo sacerdote. Él era el único que usaba una prenda de vestir especial de ocho piezas que era específica de su cargo. Él era el único que entraba en el Lugar Santísimo una vez al año con la sangre de la expiación por el pecado de la nación. Sin embargo, el autor de Hebreos hizo todo lo posible por mostrar la superioridad absoluta del sacerdocio de Cristo.

Una mejor competencia (4:14–5:10). Jesús también fue un hombre elegido y ungido divinamente, equipado para representar a Sus compañeros humanos e identificarse con ellos. Pero Él es más competente en estas cuatro maneras.

En Su triunfo sobre el pecado (4:14-15; 5:3). Él «ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado» (v.15). En agudo contraste, todo sumo sacerdote en Israel tenía que «ofrecer sacrificios por los pecados, por sí mismo tanto como por el pueblo» (5:3).

En Su título recibido de Dios (5:5). «Sino que [Dios] Le glorificó al decirle: hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy» (Salmo 2:7). Estas palabras se pronunciaron en el bautismo de Cristo (Mateo 3:17), y se ratificaron en Su resurrección (Romanos 1:4) y en Su exaltación a la diestra de Dios (Hechos 2:33). Dios nunca le dio a nadie más este título exaltado.

En Su ministerio sin fin (5:6). «tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Salmo 110:4) declara Su ministerio sin fin. El ministerio de todo sumo sacerdote anterior terminaba con su muerte.

En su perfección adquirida (5:7-10). «Y aunque era Hijo,

aprendió obediencia por lo que padeció; y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser fuente de eterna salvación para todos los que Le obedecen» (vv.8-9). En Getsemaní, Jesús el hombre luchó con la idea de experimentar la desolación del infierno en la cruz. Le aterraba la terrible experiencia de ser hecho «pecado por nosotros» (2 Corintios 5:21), oró con «gran clamor y lágrimas» (v.7), y el Padre Le escuchó debido a Su «temor reverente» (al resucitarle de entre los muertos). Por medio de toda Su vida de confianza en Dios mientras era tratado con odio y desprecio, aprendió «la obediencia» (el artículo en el texto griego) que Le capacitó para ir al Calvario. Por lo tanto fue «perfeccionado», equipado totalmente para Su papel como nuestro sustituto en la cruz y Su ministerio actual como nuestro comprensivo Sumo Sacerdote.

Una mejor confianza (6:13-20). Obediente al mandamiento de Dios y animado por Sus promesas, Abraham entró en la Tierra Prometida. Después de mucho tiempo de espera, recibió a su hijo prometido. E incluso cuando él, su hijo Isaac, y su nieto Jacob permanecieron siendo nómadas hasta su muerte, murieron con la seguridad de que sus descendientes un día poseerían la tierra de Canaán y que ellos mismos estaban destinados a un hogar eterno en el cielo. Sin evidencia alguna, creyeron sobre la única base de la promesa de Dios. Por medio del sacerdocio de Jesús, «los que hemos huido para refugiarnos, echando mano de la esperanza puesta delante de nosotros», tenemos una mejor confianza (v.18). Podemos mirar hacia atrás y ver lo que Jesús hizo por nosotros en el pasado y reflexionar en lo que está haciendo por nosotros hoy. Por lo tanto, podemos lanzar nuestra ancla de esperanza hacia arriba, a la misma presencia de Dios.

Una mejor persona (7:1-28). Jesús también provee un mejor sacerdocio que Aarón y sus descendientes porque Él es superior de las siguientes maneras:

Pertenece a un orden más elevado (7:1-22). Melquisedec,

el rey-sacerdote de Salem, tenía una condición tan elevada que Abraham le dio el diezmo de sus posesiones. En su calidad de rey-sacerdote sin genealogía, nacimiento, o muerte registradas, él tipifica la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre la de la línea de Aarón.

Provee la salvación que ellos sólo anunciaron (7:23-28). Los sumos sacerdotes eran hombres pecadores, débiles y mortales. Por lo tanto, sus sacrificios eran imperfectos y tenían que repetirse a diario. Pero Jesús es «santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos» (v.26). Su único sacrificio tiene tanto valor que es adecuado «para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios» (v.25).

Un mejor santuario (8:1-6; 9:1-14). Los judíos valoraban muchísimo el tabernáculo/templo con sus rituales de sacrificio y limpieza. Pero Jesús, el sacerdote superior, ahora sirve en un santuario mejor —«a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (8:1-2). Este es mejor en tres maneras:

Alberga, no simplemente anuncia, la realidad celestial (8:2-5). Es «el tabernáculo verdadero, que el Señor erigió, no el hombre» (v.2) del cual el tabernáculo terrenal tan sólo era «copia y sombra» (v.5).

Provee un mejor sacerdocio (8:3-6). Las múltiples ofrendas y sacrificios del tabernáculo/templo terrenal sólo anunciaban el sacrificio único y todo-suficiente en la cruz que Jesús ahora Le ofrece a Dios. (En la expresión «algo que ofrecer» el verbo «ofrecer» está en el tiempo que habla de una acción culminada).

Ofrece un mejor acceso a la presencia de Dios (9:1-14). En un bello ritual, el sumo sacerdote podía entrar en la presencia de Dios en el Lugar Santísimo; pero sólo él, y sólo una vez al año. Este acceso limitado se hizo necesario porque «se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto en su conciencia al que practica ese culto» (v.9). El adorador devoto en el tabernáculo/templo tenía una conciencia interna de su culpa delante de Dios y de

su necesidad de limpieza y restauración. Venía con sus sacrificios y según Romanos 4:4-8, Dios sí perdonaba bajo el antiguo pacto. Pero el perdón venía a través de «un corazón contrito y humillado» (Salmo 51:17). Dios aparentemente perdonaba sobre la base del sacrificio que un día Jesús ofrecería. Hoy, debido a que Jesús ha entrado al santuario celestial «por medio de Su propia sangre… habiendo obtenido redención eterna» (v.12), Él limpia «nuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo» (v.14). Esta limpieza interior nos da acceso directo a Dios y hace que nuestro servicio sea aceptable para Él.

Un mejor pacto (8:7-13). Éxodo 24:1-8 nos dice cómo Dios, después de haber liberado a los israelitas de su esclavitud en Egipto, confirmó Su pacto (acuerdo) con ellos. Los términos de este acuerdo se explican en detalle en Éxodo 19–Levítico 27 y se resumen bien en Jeremías 7:23: «Escuchad Mi voz y Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis Mi pueblo, y andaréis en todo camino que Yo os envíe para que os vaya bien». Más tarde, por medio del profeta, Dios prometió un nuevo pacto: «He aquí, vienen días… en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto… Pondré Mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré; y Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo… Todos Me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande» (Jeremías 31:31,33-34). Este nuevo pacto se hizo con Israel y Judá (v.31), pero este pasaje aclara que también nos incluye a nosotros en la era de la iglesia. Esto no significa que Judá e Israel son la Iglesia, pero confirma la verdad de Gálatas 3:29, «y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa». Este nuevo pacto es superior porque está «establecido sobre mejores promesas» (8:6), promesas expresadas en Jeremías 31:31-34.

La implantación de la ley de Dios en los corazones de Su pueblo (v.10). Las leyes del

pacto de Dios eran buenas, y al pueblo se le mandaba memorizarlas (Deuteronomio 6:6-9). Pero el antiguo pacto no proveía el poder moral para obedecerlas. Pablo dijo que este «era débil por causa de la carne» (Romanos 8:3) Pero el nuevo pacto provee una nueva naturaleza. El corazón renovado, liberado de su esclavitud al pecado, conoce las leyes de Dios, ama Su voluntad, y tiene el poder moral para obedecer. Por lo tanto, las palabras «y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (que también se les dice a los israelitas bajo el antiguo pacto en Éxodo 6:7) adquieren un nuevo significado bajo el nuevo pacto.

Un conocimiento más profundo y más universal de Dios (v.11). Una minoría en Israel, hombres y mujeres de una sabiduría fuera de lo común, llegaron a conocer a Dios a un nivel personal. Pero esto no vino por medio de la ley. Más aún, el antiguo pacto se hizo sólo con Israel. Además, tenía muy poco significado para la gente común. Su situación hacía imposible que ellos guardaran todas las observancias de la ley. En contraste, el nuevo pacto explícitamente declara que un conocimiento personal de Dios está disponible para todos, sin importar su ubicación geográfica, condición social, género o raza.

Los pecados del pueblo de Dios borrados (v.12). Los israelitas conocían Miqueas 7:18-19: «¿Qué Dios hay como Tú, que perdona la iniquidad y pasa por alto la rebeldía…? [Tú]… hollarás nuestras iniquidades. Sí, arrojarás a las profundidades del mar todos sus pecados». Sin embargo, bajo el antiguo sistema de sacrificios, había «un recordatorio de pecados año tras año. Porque es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados» (10:3-4). Dios, sobre la base del único sacrificio de Cristo, ahora perdona nuestros pecados de manera tan completa que nunca nos los recordará.

Un mejor sacrificio (9:15–10:18). A fin de explicar su objetivo, el autor tomó la palabra griega que había usado para denotar un «pacto»

y le dio el significado que tenía en la sociedad secular —una «última voluntad» o «testamento». Así como un testamento no entra en vigor hasta que el que lo ha escrito ha muerto, tampoco el nuevo pacto podía entrar en vigencia sino hasta que Jesucristo hubiese muerto. El antiguo pacto claramente enseñaba que sin el derramamiento de sangre no hay remisión de pecado. Pero, como se notó anteriormente, los sacrificios de animales sólo podían producir una limpieza ceremonial. La limpieza interior sólo podía producirla Dios en la persona de Jesús, tomando sobre Sí la paga del pecado. Más aún, vemos otra vez que el valor de la muerte de Cristo fue retroactivo para aquellos que vivieron antes de que el nuevo pacto entrara en vigencia. Éste liberó [al pueblo del antiguo pacto] «para la redención de las transgresiones que se cometieron bajo el primer pacto» para que pudieran «recibir la promesa de la herencia eterna» (v.15). Este sacrificio superior de Jesús provee purificación perfecta y glorificación final.

Purificación perfecta (9:23-26). Los sacrificios de animales proveían la limpieza ceremonial necesaria para hacer del tabernáculo terrenal un lugar santo para la adoración. Pero la muerte del Hijo de Dios llevó la purificación incluso hasta las «cosas en los cielos» (v.23). El plural genérico «mejores sacrificios» claramente se refiere al único y solo sacrificio de Jesucristo. Las «cosas en los cielos» limpiadas son los corazones del pueblo de Dios.

Glorificación final (9:27-28). Así como toda persona está destinada a morir una sola vez, y «después de esto, el juicio», así Jesús fue destinado a morir una sola vez. Pero en vez de morir para enfrentar el juicio, murió «para llevar los pecados de muchos». Él ha entrado al Lugar Santísimo celestial en nuestro nombre. Allí permanecerá hasta que regrese para glorificar a todos los que Le pertenecen.

La victoria final (10:1-18). Los sacrificios constantemente repetidos en el tabernáculo/templo fueron ordenados por

Dios para enseñar a Su pueblo la gravedad del pecado, lo indispensable de la rectitud absoluta, y el alto precio del perdón divino. Su valor para Dios venía de la obediencia desde el corazón que llevaba a una persona a traerlos. Para explicar esto, el autor puso en labios de Jesús las palabras de Salmos 40:6-8 tal y como aparecen en la Septuaginta:

«Sacrificio y ofrenda no has querido, pero un cuerpo has preparado para mí; … he aquí, yo he venido… para hacer, oh Dios, tu voluntad» (10:5,7). Nuestro Salvador vino en un cuerpo porque sólo así podía ofrecer esa perfecta obediencia necesaria para hacer Su sacrificio efectivo. En ese cuerpo, ahora glorificado, Él se sienta a la diestra de Dios esperando el día del triunfo final sobre todos Sus enemigos, pues al haber ya roto el poder de Satanás, el pecado y la muerte, esta victoria cósmica predestinada es segura.

VIENDO A DIOS

- …incluso en el Antiguo Testamento, cuando Él revela Su corazón paternal al nombrar a sumos sacerdotes que pudieran «obrar con benignidad para con los ignorantes y extraviados» (5:2) porque estaban conscientes de sus propias imperfecciones.
- …cuando vemos que no hay nadie más para salvarnos en las aterradoras advertencias de que, si rechazamos a Cristo, no hay retorno posible para aquellos que renuncian a Cristo luego de haber profesado fe en Él y de haber tomado parte en las bendiciones de la comunidad cristiana.
- …cuando vemos que Dios, como un padre amoroso, se regocija cuando Sus hijos hacen lo que es correcto y amable al recordarnos que Él «no es injusto como para olvidarse de vuestra obra y del amor que habéis mostrado hacia Su nombre, habiendo servido, y sirviendo aún, a los santos» (6:10).

VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

- …cuando captamos una visión de nuestra futura transformación en el contraste entre la agonía de Jesús en Getsemaní y Su exaltación a la diestra de Dios en Su cuerpo resucitado.
- …cuando, en la necesidad de que Jesús muriera antes de que el nuevo pacto pudiera hacerse efectivo, vemos el hecho de que sólo será después de nuestra muerte (o arrebatamiento) que experimentaremos la plenitud de la salvación.
- …cuando vemos el maravilloso privilegio de vivir bajo el nuevo pacto en el contraste entre la limitada entrada una vez al año del sumo sacerdote y nuestro ilimitado acceso a Dios por medio de Jesucristo.

JESÚS PROVEE UNA ESPERANZA SUPERIOR (11:1–12:11,18-24)

Después de garantizarles a sus lectores que como grupo poseen las características de aquellos que «tienen fe para la preservación del alma» (10:39), el autor les dice lo que hace la fe y cómo es que trajo la aprobación divina al pueblo en los tiempos del Antiguo Testamento: «Ahora bien, la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella recibieron aprobación los antiguos. Por la fe entendemos que el universo fue preparado por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles» (11:1-3).

Por medio de la fe, las cosas que todavía son futuras e invisibles se vuelven reales y sustanciales. La serie de asombrosos ejemplos que siguen (11:3-38) ofrecen evidencia concreta de cómo la fe hizo esto en las vidas de hombres y mujeres en la historia bíblica. Pero este capítulo profundamente conmovedor concluye con un reconocimiento contundente: «Y todos éstos, habiendo obtenido aprobación por su fe, no recibieron la promesa, porque Dios había proveído

algo mejor para nosotros, a fin de que ellos no fueran hechos perfectos sin nosotros» (vv.39-40).

Dios reconoció la fe de estos hombres y mujeres. Ellos conservaron sus historias para darnos aliento. Murieron con esperanza, pero tan sólo con un concepto vago de la gloria que los esperaba. Dios todavía no había «abolido la muerte y sacado a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio» (2 Timoteo 1:10). Por lo tanto, aun cuando murieron «anhelando una patria mejor, es decir, celestial» (11:16), los que creemos sobre la base de Jesús poseemos una esperanza superior.

Un precursor exaltado (12:1-3). Nos alienta reflexionar sobre esta hueste de testigos del Antiguo Testamento, pero hemos de tener «puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios» (12:2). Cuando concentramos nuestra mirada en Él, vemos a Aquel que «ha hecho resplandecer la senda de la fe» y quien «Él mismo corrió la carrera de la fe hasta su triunfante meta» (F. F. Bruce). Debido a la gozosa expectativa del día cuando Sus redimidos estarían con Él en gloria, Jesús soportó sin queja alguna la cruz con todo su dolor y vergüenza. ¡Qué inspiración!

Una relación de Padre-Hijo (12:4-11). Hasta que Jesús nos enseñó a dirigirnos a Dios como «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mateo 6:9) nadie se atrevía a llamar a Dios «Padre». Pero ahora, gracias a Jesús, hemos comenzado una relación de padre-hijo con Él. Como un padre terrenal amoroso, Él exige que Le obedezcamos y nos corrige por nuestro propio bien. Al haber separado para Sí a aquellos de nosotros que confiamos en Jesús, obra con nosotros, algunas veces por medio del dolor, para que podamos llegar a ser cada vez más como Él.

Una Sion celestial (12:18-24). El Monte Sion terrenal está relacionado con la formidable escena en la inauguración del

antiguo pacto en el Monte Sinaí (Éxodo 19:16-25) —aterradores relámpagos, retumbar de rugientes truenos, humo misterioso que se elevaba de una montaña que tiembla y un sonido de trompeta aterrador que se hacía más y más fuerte. El propósito era mostrar la pura majestad y la infinita santidad de Dios en contraste con la debilidad y la pecaminosidad humanas. Recalcaba nuestra calidad de indignos para entrar en Su presencia. En tiempos de David, el tabernáculo/templo con su acceso limitado a Dios se trasladó al Monte Sion y se convirtió en el lugar de asamblea de las tribus de Israel. Pero hoy consideramos el Monte Sion como nuestro lugar de asamblea. Aquí nos reunimos con millares de ángeles, con los santos de la era de la Iglesia (pasada, presente y futura), «Dios, el Juez de todos» (12:23), los espíritus redimidos del antiguo pacto, y «Jesús, el mediador del nuevo pacto» (v.24). En efecto, por medio de «la sangre rociada» de Jesús «nosotros, en cambio, nos hemos acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (v.22). ¡Aceptación total! ¡Acceso ilimitado!

VIENDO A DIOS

- En el hecho de que Dios reconoció la fe de hombres y mujeres imperfectos (incluso de Sansón y Rahab) y conservó sus historias para nosotros, vemos que Él «sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos sólo polvo» (Salmo 103:14).
- En el hecho de que Dios «al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (12:6), vemos la elevada prioridad que le da al desarrollo del carácter en Sus hijos.
- Al recordarnos que hemos de «ofrecer a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor» (12:28-29), vemos que el Dios del nuevo pacto es el mismo Ser majestuoso que les habló a los israelitas en el Sinaí.

VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

- Al recordarnos acerca de nuestra necesidad de recibir disciplina paterna, vemos que incluso hoy bajo el nuevo pacto debemos batallar contra nuestras fuertes inclinaciones a desobedecer.
- En las amonestaciones a «recordar», «imitar», y «obedecer» a nuestros líderes (13:7,17), vemos que, como cristianos del tipo «Llanero Solitario», no podemos ser todo lo que debemos ser.

PALABRAS DE ADVERTENCIA: CUIDADO CON DECAER (2:1-4; 3:7-19; 5:11–6:8; 10:26-31)

La preocupación del autor a lo largo de su carta fue que algunas de las personas a las que se estaba dirigiendo estaban siendo tentadas a desviarse o a retirarse de la fe que una vez habían profesado. Al mismo tiempo que enfatizaba la superioridad sin igual de Cristo, el autor advertía a sus lectores acerca del peligro de decaer. Debido a que se dan advertencias similares en otros pasajes como Colosenses 1:21-23 y 2 Pedro 2:20-22, algunos eruditos bíblicos concluyen que si bien Dios protege a aquellos que confían en Él, no ofrece seguridad alguna a aquellos que rechazan la fe que una vez confesaron. Ellos apoyan esta posición con pasajes como 1 Pedro 1:5 donde se nos dice que es «mediante la fe» que «somos protegidos por el poder de Dios».

No es necesario que pensemos que la salvación se puede perder para tomar estas advertencias seriamente. Los que creemos en la seguridad de aquellos que están «en Cristo» nos damos cuenta que aun cuando nuestra membresía en la familia de Dios no puede perderse, ciertamente podemos convertirnos en miembros de la familia alejados y desdichados. Más aún, siempre que nos dirigimos a un grupo de creyentes practicantes, puede que estemos hablándoles a algunos de ellos que aparentemente hayan afirmado

su fe en Cristo sin jamás haber tenido una verdadera relación de corazón con Él. Cuando tales personas finalmente se alejan, o incluso renuncian a su fe en Cristo, puede que estén dando evidencia de que verdaderamente nunca recibieron a Jesús en primer lugar. Tomemos nota de la advertencia de Jesús: «Muchos me dirán en aquel día: 'Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?' Y entonces les declararé: 'Jamás os conocí; apartaos de mí, los que practicáis la iniquidad'» (Mateo 7:22-23). Por lo tanto, el autor de Hebreos tenía buenas razones para advertir a sus lectores acerca de los peligros de alejarse, dejar de creer y apartarse.

El peligro de alejarse (2:1-4). Los seguidores de Cristo pueden, por culpa de las presiones y distracciones de la vida, descuidar la renovación espiritual periódica que es necesaria para mantener una relación saludable y creciente con Cristo. Cuando esto sucede, los verdaderos creyentes pueden permitir que la confianza en Cristo se agote lentamente hasta que su fe tenga muy poca influencia en sus vidas. Puede que algunos creyentes practicantes efectivamente se alejen tanto del Evangelio que ya no hagan afirmación alguna de su fe en Cristo. El autor advirtió a sus lectores que este alejamiento por medio del descuido, ya sea que éste lleve a una pérdida del gozo de la salvación o a la renuncia de Cristo, es un asunto grave. Auténticos miembros de la familia de Dios pueden vivir como incrédulos y experimentar pérdidas y las consecuencias de la infidelidad. Con tales peligros en perspectiva, el autor de Hebreos les recordó a sus lectores que no debían olvidar que el antiguo pacto, el cual había sido «hablado por medio de ángeles» exigía un severo castigo por «toda transgresión y desobediencia» (v.2). Este punto es importante. Por lo tanto, es incluso más inconcebible tratar de manera descuidada la salvación que

Jesús ha comprado a nuestro favor y que aquellos que Le conocieron a Él personalmente declararon públicamente, y que luego fue confirmada por «señales como por prodigios, y por diversos milagros» del Espíritu Santo de Dios (v.4).

El peligro de dejar de creer (3:7-19). Después de recordarles a sus lectores que su esperanza y confianza en Cristo les convertía en una morada de Dios (3:6), el autor les advirtió que todavía tenían peligros por delante. Les recordó la manera en que los israelitas dudaron de Dios después de su liberación milagrosa de Egipto. Dos veces se rebelaron contra Moisés cuando se quedaron sin agua (Éxodo 17:1-7; Números 20:1-13). También se negaron a creer en el testimonio de Caleb y Josué de que Dios les daría la victoria sobre los formidables ocupantes y defensores de Canaán (Números 13-14). Como resultado de ello, Dios los dejó deambulando en el desierto por 40 años hasta que murieron todos los que tenían más de 20 años de edad en el momento de su liberación de Egipto —todos a excepción de Caleb y Josué. Este recordatorio crea el escenario para las solemnes palabras: «Tened cuidado, hermanos, no sea que en alguno de vosotros haya un corazón malo de incredulidad, para apartarse del Dios vivo… Porque somos hechos partícipes de Cristo, si es que retenemos el principio de nuestra seguridad firme hasta el fin» (3:12,14). Es posible que seamos creyentes verdaderos que todavía podemos perder enormes bendiciones de permanecer leales a Cristo, o tal vez sea posible que jamás hayamos conocido verdaderamente a Cristo anteriormente. Sea como sea, ¡esta es una advertencia que cada uno de nosotros debemos tomar en serio!

El peligro de apartarse (5:11–6:8; 10:26-31). Una de las características asombrosas de esta carta es que las elocuentes descripciones de la superioridad sin igual de Cristo se entretejen con las graves advertencias a aquellos que se vean tentados a perder su enfoque en Él. Al ver a miembros de la Iglesia atemorizados por la persecución

y tentados a retirarse hacia una forma de religión que no aceptaba la obra culminada de Cristo, el autor del libro de Hebreos hizo sonar la alarma de peligro.

Asimismo, el autor considera la inmadurez espiritual como un factor que podría volver a alguien vulnerable ante esos errores. Algunos, aparentemente después de años en la iglesia, seguían siendo como bebés alimentándose sólo de leche —conocedores tan sólo de las verdades bíblicas elementales relacionadas con la conversión. Podrían haber estado alimentándose de alimento sólido, siendo conocedores de las verdades relacionadas con el actual ministerio sacerdotal de Cristo a la diestra de Dios (ver 5:11-13). En vez de ver el incomparable servicio de Cristo a su favor, estaban tratando los aspectos básicos y los primeros pasos de la salvación como algo a ensayar y repetir una y otra vez.

El autor consideró esta inmadurez espiritual como algo que los hacía vulnerables al peligro. Al instarlos a avanzar hacia la madurez espiritual (5:14–6:3), hizo una declaración que ha generado muchas preguntas (6:4-6). Habló de aquellos que «si caen», es «imposible renovarlos otra vez para arrepentimiento, puesto que de nuevo crucifican para sí mismos al Hijo de Dios y Lo exponen a la ignominia pública» (6:6).

Hebreos 10:26-31 ofrece una advertencia que suena similar. Allí el autor dijo: «Porque si continuamos pecando deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya que no queda sacrificio alguno por los pecados, sino cierta horrenda expectación de juicio, y la furia de un fuego que ha de consumir a los adversarios» (vv.26-27).

En diversos momentos en la historia de la Iglesia, los líderes cristianos han causado mucha angustia innecesaria a los creyentes que han caído en grave pecado. Interpretaron este pasaje erróneamente enseñando que los verdaderos creyentes que son culpables de pecar deliberadamente nunca pueden ser perdonados. Esta

advertencia no va dirigida a los creyentes que han caído en pecado y quieren arrepentirse. Ni va dirigida a aquellos cuyas dudas les impiden servir al Señor como saben que debieran hacerlo. Se refiere ya sea a aquellos que se han alejado con un corazón tan duro que nunca más quieren regresar, o a aquellos que se ven tentados a insultar la gracia de Dios al pensar que la salvación en Cristo es algo que necesita repetirse.

Los verdaderos cristianos a menudo se desilusionan y se desalientan. Pero aquellos que se apartan de relacionarse con la familia de Dios y luego finalmente repudian a Cristo sin deseos de regresar, probablemente están mostrando que, a pesar de parecer lo contrario anteriormente, nunca tuvieron una relación de corazón con Cristo.

Sin embargo, una vez más estas advertencias son importantes para todos nosotros porque aun aquellos que están en Cristo necesitan trabajar duro para asegurarse de que Le están permitiendo vivir a través de nosotros. El teólogo y autor J. I. Packer rechaza con toda razón esta pasividad cuando habla acerca de la necesidad de una «santidad muy trabajadora».

En otra carta en el Nuevo Testamento a «todos los santos que están en toda Acaya» (2 Corintios 1:1), el apóstol Pablo escribió: «Poneos a prueba para ver si estáis en la fe; examinaos a vosotros mismos» (13:5). Este es un recordatorio importante para todos nosotros. Aunque llevo conociendo al Señor más de 70 años, a menudo me doy cuenta de que no soy la persona que quiero ser. Veo cuánto necesito de las palabras del apóstol Pedro, quien instó a sus compañeros creyentes a hacer todo lo que pudieran para añadir a su fe las virtudes de la bondad, el conocimiento, el dominio propio, la perseverancia, la piedad, el afecto fraternal y el amor. Les aseguró que, si se daban cuenta de que estas virtudes se hacían realidad en sus vidas, ellos harían firmes su

«llamado y elección» (2 Pedro 1:5-11). Tomemos en serio las advertencias contra la apostasía y practiquemos con regularidad el auto-examen honesto.

VIENDO A DIOS

- En el recordatorio de que bajo la ley «toda transgresión y desobediencia recibió una justa retribución» y de la solemne pregunta, «¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?» (2:2-3), vemos cuán ofendido está Dios cuando ignoramos descuidada o deliberadamente Sus palabras y hechos en los que Él se revela a Sí mismo.
- En Sus repetidas advertencias contra los peligros de alejarnos, dejar de creer, y apartarnos, vemos la preocupación paternal de Dios por nuestro bienestar eterno.
- En la advertencia de que, si rechazamos el único sacrificio de Jesús, nos quedamos con la «cierta horrenda expectación de juicio, y la furia de un fuego que ha de consumir a los adversarios» (10:26-27), podemos ver un poco de Su aterradora ira.

VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

- En nuestra tendencia a alejarnos hacia un abandono descuidado de la lectura bíblica diaria, de la oración seria y de la comunión cristiana, vemos por qué necesitamos recordatorios verbales de parte de líderes espirituales y la corrección amorosa de Dios.
- En la rebelión e incredulidad de los israelitas tan pronto después de que fueron milagrosamente de Egipto, se nos advierte de que no podemos vivir de experiencias pasadas, sino que necesitamos un andar constante con Dios.
- En la atemorizante advertencia contra la apostasía acoplada a nuestras continuas imperfecciones, vemos por qué Pablo nos exhortó

a «ocuparnos de nuestra salvación con temor y temblor» (Filipenses 2:12).

PALABRAS DE ALIENTO: DAMOS SEÑALES DE LA REALIDAD CRISTIANA (6:9-12; 10:32:39)

Cada advertencia contra los peligros de la presunción y la incredulidad (6:1-8; 10:26-31) va seguida de palabras de aliento: «Pero en cuanto a vosotros, amados, aunque hablemos de esta manera, estamos persuadidos de las cosas que son mejores y que pertenecen a la salvación» (6:9). «Pero recordad los días pasados, cuando después de haber sido iluminados, soportasteis una gran lucha de padecimientos» (10:32). En cada caso, el autor dijo que, a partir de lo que sabe acerca de estos creyentes, él tiene la confianza de que como grupo perseverarán. Los desertores serán la excepción, no la regla. El autor sabía que el pueblo de Dios necesita aliento así como también advertencia.

PALABRAS DE CONSEJO: SEAMOS CRISTIANOS AUTÉNTICOS (12:1-17,25-29; 13:1-22)

El autor reveló a sus lectores la incomparable gloria de Jesucristo y las inconmensurables maravillas de Su salvación. Indudablemente se aferró al principio: «A todo el que se le haya dado mucho, mucho se demandará de él» (Lucas 12:48). Por lo tanto, se sentía obligado a llamarlos a elevadas normas morales y éticas. Lo hizo estableciendo una serie de amonestaciones amorosas.

Corramos la buena carrera (12:1-4). Teniendo en mente a la multitud de héroes del Antiguo Testamento, rechazando todo impedimento espiritual, y fijando nuestros ojos en nuestro Salvador en Su sufrimiento, muerte, resurrección, y exaltación, podemos correr duro y perseverar hasta que alcancemos nuestra meta. Nuestro Salvador lo hizo así, y sufrió muchísimo más que cualquiera de nosotros jamás lo hará.

La ganancia que se obtiene del alimento paternal de Dios (12:5-11). En medio de las penurias de la vida, debemos recordar que tenemos un Padre Celestial amoroso y omnisciente, que puede hacer que éstas obren para nuestro bien a largo plazo. Algunas penurias simplemente vienen porque somos criaturas caídas en un mundo caído. Otras vienen como una corrección de amor de la mano de Dios. En cualquiera de los casos, Dios puede usar toda penuria para producir nuestro bien en el largo plazo si somos «ejercitados por ella» (v.11) —cuando nos lleva a un auto-examen y al crecimiento en la santidad.

Preocupémonos por los demás (12:12-17). En su carrera, los creyentes han de alentar a aquellos que creen que ya no pueden avanzar más («las manos débiles y las rodillas que flaquean»), y suavizan el camino para que, en vez de dislocarse, los huesos de los lisiados puedan ser sanados. Los creyentes han de evitar la clase de conflicto amargo que daña el cuerpo de Cristo. Han de hacer todo esfuerzo por cuidarse unos a otros, teniendo en cuenta su responsabilidad de evitar que alguien caiga así como cayó Esaú.

Prestemos atención a la voz de Dios (12:25-29). Los israelitas repetidamente hacían caso omiso de la voz de Dios, incluso después de haberla oído cuando Él les habló desde la montaña que temblaba. Y lo hicieron para su propio perjuicio. Si ellos eran severamente castigados cuando Él les hablaba desde la tierra, ¡cuán severo será nuestro castigo si hacemos caso omiso de la Palabra de Dios cuando Él nos hable desde la Sion celestial!

Recordemos que un día la tierra será violentamente conmovida y todo en ella será destruido en contraste con el reino celestial inconmovible y eterno al cual hemos entrado por medio de la fe. Por lo tanto, vivamos en respeto reverencial ante Dios quien hará temblar todo, dándonos cuenta que, en el rojo blanco de Su pureza, debe consumir todo aquello que sea ofensivo a Su naturaleza.

Desarrollemos las marcas de la vida cristiana (13:1-20).

Cuando estaba por terminar su carta, el autor les recordó a sus lectores las cualidades que deben marcar la vida de todo creyente. La mayoría de éstas simplemente se declaran sin explicación alguna: Amen a sus hermanos y hermanas en Cristo (v.1). Sean hospitalarios y muestren compasión por sus compañeros cristianos que sufren (vv.2-3). Honren la fidelidad conyugal y eviten la inmoralidad sexual (v.4). Rechacen el amor al dinero y estén conformes con lo que Dios les da, debido a su convicción de que Dios suplirá sus necesidades (vv.5-6). Recuerden, respeten e imiten a los líderes piadosos que siguen a Jesús, Aquel que «es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (vv.7-8). Absténganse con discreción de preocuparse por la mera religión, céntrense en el sacrificio de Jesús, y estén listos a seguirle «fuera del campamento, llevando su oprobio», recordando constantemente que todo lo terrenal es pasajero, mientras que la ciudad de arriba perdura para siempre (vv.9-14). Ofrezcan a Dios el sacrificio de alabanza y la preocupación desinteresada por los demás (vv.15-16). Obedezcan y sométanse con alegría a sus líderes, los cuales han sido nombrados por Dios (v.17). Oren seriamente por aquellos que solicitan sus oraciones (vv.18-19).

VIENDO A DIOS

- Al instruirnos por medio de las inevitables penurias de la vida y al corregirnos por medio del escarmiento, vemos a Dios como nuestro Padre Celestial bueno y omnisciente.
- En la montaña que tiembla, el fuego consumidor, la tormenta aterradora y en el sonido de trompeta formidable que acompañaron a la ley cuando ésta fue dada en el Monte Sinaí, se nos recuerda la ira santa de Dios contra el pecado.
- En la exhortación «demostremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor» (12:28-29),

vemos que la confianza y el amor agradecidos en respuesta a la misericordia de Dios son compatibles con el temor reverente ante Su santidad.

VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

- En la exhortación a correr la buena carrera, a obtener la ganancia de la disciplina paternal, a vivir desinteresadamente, y a desarrollar las marcas de la vida cristiana, vemos el tipo de personas que debemos y que podemos ser por medio del poder del Espíritu Santo que nos capacita para ello.
- En el recordatorio de que un día la tierra será violentamente conmovida y que todo en ella se destruirá, vemos un vívido cuadro de nuestra mortalidad y lo inútil de una vida que hace de los placeres terrenales su objetivo fundamental.
- En la declaración tranquilizadora de que somos miembros de un reino inconmovible y eterno, vemos por qué siempre debemos vivir con los valores de la eternidad en perspectiva.

BENDICIÓN (13:20-21)

Al acercarse al término de su carta, el autor reunió sus principales temas en una conmovedora bendición que glorifica a Dios el Padre, Dios el Hijo y, consecuentemente, a Dios el Espíritu Santo.

Comienza con una descripción de Dios el Padre: «Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor, …mediante la sangre del pacto eterno…» El corazón de Dios el Padre anhelaba la comunión con nosotros después de que, como raza, nos habíamos alejado de Él por causa de nuestro pecado. Así que Él, «el Dios de paz», en la persona de Su Hijo, se hizo hombre para revelarse a nosotros de manera suprema y restablecer la paz entre nosotros y Él, nuestro Creador, por medio de la cruz. Luego, Él «resucitó

de entre los muertos a Jesús nuestro Señor» para expresar Su aceptación de dicho sacrificio y mostrarnos que había quebrado el dominio de la muerte sobre nosotros.

El autor continuó con una descripción del Hijo: «El gran Pastor de las ovejas». Después de morir por nosotros como el buen Pastor (Juan 10:11), Él, como nuestro «gran Pastor», ahora es nuestro Sumo Sacerdote exaltado a la diestra de Dios, como nuestro intercesor comprensivo que nos invita a acercarnos a Él «para que… hallemos gracia para la ayuda oportuna» (Hebreos 4:16).

La carta concluye con una descripción de la obra del Espíritu Santo: «y el Dios de paz…os haga aptos en toda obra buena para hacer Su voluntad, obrando Él en nosotros lo que es agradable delante de Él mediante Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (13:20-21). Es por medio de la obra interna del Espíritu Santo que Dios, bajo el nuevo pacto, hace de cada uno de nosotros una «nueva creación» al escribir Sus leyes en nuestras mentes y nuestros corazones. De este modo, Dios restaura, entre Su voluntad y la nuestra, la armonía que se perdió en la caída. Y todo esto se deriva de la obra mediadora de nuestro Sumo Sacerdote divino y humano. Esto da lugar a la espontánea doxología: «Mediante Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén».

La carta a los Hebreos comienza y termina sobre semejante terreno elevado. Nada tiene mayor importancia para nosotros que el darnos cuenta de que el Señor Jesucristo no tiene competidores que sinceramente puedan ganar nuestros corazones.

Ningún otro líder religioso merece comparársele. Nadie más jamás podría ser Dios en la carne. Nadie más ha muerto por nosotros. Nadie más ha resucitado corporalmente de entre los muertos para mostrar Su derecho a nuestra alabanza y adoración eternas.

Estando conscientes de todo esto, vivamos para darle a Él nuestra completa confianza y devoción, ahora y para siempre.